

Breviarios

MICHAEL GREGORY Y
SUSANNE CARROLLlenguaje
y
situaciónVariedades del lenguaje y sus
contextos sociales

Fondo de Cultura Económica

SEGUNDO AÑO

La Jornada
semanal

MEXICO, D.F. - AÑO DOS - NUMERO 105 - DOMINGO 21 DE SEPTIEMBRE DE 1996

Breviarios

JEAN RUDEL

técnica
de la
escultura

Fondo de Cultura Económica

En la edición de mañana suplemento de Cultura de aniversario

Documento que elabora Diego Rivera a indicación de la Comisión de Control del Partido Comunista de México en respuesta a las preguntas formuladas por ella.

1.- Hablar de su pasado trotskista.

¿Cómo fue que Diego se ligó al trotskismo y que pensó para dar ese paso?

Si las ligas con el trotskismo han sido definitivamente rotas.

Explicar el caso de ayudantes trotskistas que mantiene o mantuvo.

Respuesta.- Respecto a la situación subjetiva que me hizo ir al trotskismo, dije todo en mi petición de reingreso al Partido y nada tengo que agregar o revisar a lo asentado allí.

En cambio, voy a usar de la ocasión de este cuestionario para precisar una serie de hechos objetivos y concretos.

Mi primer contacto con los trotskistas se verificó en Nueva York en 1931, precisamente en ocasión de mi estancia ahí para realizar una exposición de pinturas en el Museo de Arte Moderno de esa ciudad.

Anteriormente a esta época, ni en México ni en la URSS, Alemania, Bélgica, Italia o Francia, jamás tuve contacto individual o colectivo con ningunos trotskistas.

Debido a la cierta notoriedad producida alrededor mío por la crítica respecto a mi exposición y la discusión de mi posición en el John Reed Club, con miembros del Partido norteamericano, algunos trotskistas se acercaron a mí, especialmente el más activo dentro del grupo, Max Schachtman.

Igual hicieron miembros de otros grupos y grupillos disidentes, como el de Wittlow, confusionista sionizante y el encabezado por Jack Lovestone y Bertram Wolfe, bucharinistas zinovietistas, ligados a los oportunistas alemanes desviados a la derecha, encabezados por Thalheimer y Rand. También realizaron aproximaciones los socialistas de Norman Thomas.

Todos ellos, a poco andar "plantaron problemas", de "ayuda económica", usando los medios habituales consistentes en aparentar estimación, apreciación y cierta comunidad de opiniones con objeto de lubricar el bolsillo del solicitante.

¡Que muera
Trotsky!

Diego Rivera

Quince años después de la muerte de León Trotsky, Diego Rivera solicitó su readmisión en el Partido Comunista Mexicano, abjurando de su profesión de fe trotskista hecha años atrás. Producto de una investigación en el fondo documental entregado al INBA para formar el archivo del pintor, el documento que ahora publicamos —elaborado por Rivera a petición de la Comisión de Control del partido para explicar su pasado trotskista— arroja luz sobre un tránsito político que tocó, reivindicándolos, extremos entonces incompatibles. El texto que lo acompaña, de Xavier Guzmán Uribeola, glosa este testimonio producto de una época y una mentalidad entre la izquierda mexicana



Ilustración de Magi

Me interesaba vivamente explorar de visu, para adquirir información de primera mano, el interior de esos grupos para enterarme por mi propia experiencia de su verdadera fisonomía política y descubrir, en lo que me fuera posible, las intenciones ocultas tras las apariencias que ofrecían como cebo a sus reclutas.

No siendo ya un miembro del Partido, después de mi expulsión del Partido Mexicano por el grupo Laborde-Carrillo y socios, en 1929, creía entonces que podía emprender exploraciones e investigaciones políticas sin más responsabilidad que la que tuviera ante mí mismo. Y desde luego, no eludiendo en el futuro las que me resultaran a causa de mi acción que acrecentaría mi acervo de experiencia política.

Max Schachtman me dirigió hacia al individuo que por entonces ejercía dentro del grupo trotskista un puesto que se asemejaría a las funciones de la Comisión de Control del Partido, en un plano caricaturesco. Era un llamado Field, profesionalmente periodista especializado en finanzas, doctorado en economía y colaborador de planta del *Wall Street Journal*; fui dirigido a él como al hombre clave de quien dependería la entrada al grupo.

Field me presentó un cuestionario que debía llenar por medio de un documento redactado por mí, cuyo cuestionario tenía un fuerte olor a desconfianza, aunque redactado al mismo tiempo con una ingenuidad y torpeza notables, tratando de llevarme a terrenos en donde pudiera resbalar, pero evidentemente Field no era ni un pesquisador y ni un provocador experimentado; había redactado su cuestionario más que como un doctor en economía, como un profesorcillo normalista pedante, lleno de suficiencia y de una ignorancia política total; de toda evidencia, sólo se trataba de cerrarme la puerta para la cual había sido nombrado cancerbero. Si en esta función Field era realmente un perro fiel de su secretario general, habría que acordarle mucha menos torpeza de la que causaba su cuestionario estúpido. Y también habría que acordarle que al desconfiar de mí como trotskista no carecía de olfato.

Es de vieja tradición entre las fracciones de disidentes y traidores, y aún entre partidos poco desarrollados por equis circunstancias, el truco de hacer preguntas insidiosas para provocar al interrogado y llevarlo al terreno que desean los contralores para dar con la

Enrique Florescano: El fin de la Revolución silenciosa

Aurelio Lizana: Escenario chileno



Leon Trotsky

puerta en las narices al interrogado.

El interrogatorio versaba sobre las causas de mi expulsión del Partido Mexicano para ver si ellas probaban mi verdadera posición "de izquierda" y ameritaban mi acceso al trotskismo.

En mi respuesta al pesquisidor-contralor Field puse el mayor cuidado en enumerar exactamente, objetiva y subjetivamente, esas causas. Y como ellas no tenían nada que ver con el trotskismo, se dejó en suspenso mi admisión, pero sin romper relaciones conmigo para poder continuar adelante con la caba y planteamiento de problemas económicos resolubles por medio de contribuciones amigables y simpatizadoras de mi parte.

Field había aspirado, anteriormente a estos hechos, a la jefatura del grupo y era tanta su ambición política que a pesar de su desconfianza y las consignas que seguramente tenía de parte del secretario general, el obrero semi-intelectualizado, inteligente, pero de una espesa ignorancia, llamado Cannon, no tuvo empacho en relatarme sus hazañas.

Field había estado en Príncipe, Turquía, para visitar a Trotsky. Había fungido ahí como Secretario de "el viejo" durante cierto tiempo, mientras su mujer, pintora de profesión, ejecutaba varios estudios y retratos concluidos de Trotsky, que vi expuestos para su venta en la Galería Sehyghli.

Field me mostró cartas, fotografías, documentos escritos a máquina y autografiados para probar su intimidad con "el jefe". Puesto en ese terreno en su ansia de probarlo, perdía toda discreción y aun la más elemental pre-

caución. Esta última circunstancia me hizo pensar que tratándose de un profesional de la finanza, de acuerdo con su desconfianza, quizá pensase en ofrecer acciones de valor a un posible comprador de su información.

Por otra parte, el conjunto de circunstancias me llevó a pensar que el pesquisidor estaba necesitadísimo de refuerzos y los buscaba, así fuera en un candidato indeseable, como yo. Debía encontrarse mal parado entre los suyos, inferí, y me fue extremadamente fácil el confirmarlo.

Confirmando plenamente mis observaciones, el terrible Field fue expulsado de su grupo unos cuantos meses más tarde después de su interrogatorio.

Sin embargo, tres personas le siguieron y formé con ellas un grupo "reivindicador" de cuatro personas: Field, su mujer, su secretaria y su escribiente en la redacción del *Wall Street Journal*.

Más tarde, durante el asunto de mi fresco de Rockefeller Center, las solicitudes se hicieron mucho más entusiastas y urgentes, sobre todo desde que me fueron pagados por Rockefeller veintidós mil dólares por mi pintura destruida. Todas las desconfianzas de "izquierdas" trotskistas y de derechas bujarinosinovietistas, desaparecieron, puesto que las finanzas de la oposición no eran boyantes y hasta la pequeña suma de veintidós mil dólares podía ser interesante si se cabalizaban bien mis simpatías. De manera que los expulsados de Field, trotskistas, y los expulsados en sesión presidida personalmente por el gran Stalin, Lovestone y Wolff, no tuvieron más reservas para manifestarme su amor.

Cuando se me puso ante la disyuntiva de borrar el trato de Lenin, sustituyéndolo por el de otro líder, por ejemplo Lincoln, se verificó en mi departamento del Hotel Barbeson Plaza, una discusión que duró dos sesiones de muchas horas. Fue un movimiento de frente unido, participaron en él representantes del Partido Comunista norteamericano, del Partido Socialista norteamericano, del Proletarian Party de Detroit, de la fracción trotskista y de la fracción Lovestone-bujarinista.

Se tomó la resolución de que, siendo más importante la conservación del fresco, verían al año no menos de unos cincuenta millones de personas, que recordarán que ahí había estado el retrato de Lenin y recibirían de la pintura el mensaje revolucionario que contenía, valía la pena de acceder y cambiar el retrato de Lenin por el de Abraham Lincoln.

Mi razonamiento difirió del de los aliados. No era miembro del Partido, ni por entonces de ninguna fracción, no me sentí obligado a obedecer; reflexioné que si por una parte cincuenta millones de personas al año verían la pintura mutilada, de todas maneras el autor de ella habría cedido a un deseo del enemigo capitalista si quitaba el retrato de Lenin, aunque esto fuera considerado una buena medida estratégica por la izquierda. Por otra parte, se hubieran necesitado cuarenta años para que la pintura hubiera sido vista por el número de gente que se dice es el de habitantes de la tierra; en cambio, manteniendo mi posición, en unas cuantas horas el total de estos habitantes, o casi, dondequiera que llegara una noticia por periódico o radiada, se sabría la acción del capitalismo contra Lenin y sus opiniones y la afirmación de ellas por mí. Es decir, que el mensaje político que la pintura podría llevar a la gente, muy problemáticamente, durante cuarenta años, los transmitiría de golpe a los dos mil millones de gente a la que iba dirigido.

Más tarde pude saber que, por los más experimentados dirigentes del movimiento proletario internacional, mi

acción no había sido vista con desaprobación. No doy a esto ningún otro valor que el de materia de discusión, en la que los hechos evidentemente me dieron la razón.

Mis ayudantes para el fresco de Rockefeller fueron un pintor americano sin partido, el tejano Arthur Niendorf, simpatizante del PC, el pintor, hoy célebre, Ben Shan y el antiguo marinero organizador sindical de sus camaradas, miembro activo del Partido Comunista norteamericano, el pintor Lou Block. Shan, igualmente, era entonces un miembro activo del Partido Comunista.

En un mitin público de frente único, Max Schachtman, llegado a jefe de los trotskistas americanos, en diuivirato con Cannon, este último ex miembro del Comité Central del Partido Comunista, proclamó entusiasta que yo era "sangre de la sangre, hueso de los huesos, de la oposición de izquierda y la IV Internacional". Ninguna formalización siguió a esta afirmación pública, pero, como no supe protestar contra ello, ni por entonces tenía interés en hacerlo, dando mi estado de desviación y error, a partir de entonces empecé al catálogo de los trotskistas.

Desde Nueva York, Schachtman y socios empezaron a aludir a la posibilidad de encontrar un lugar donde pudiera obtener asilo político Trotsky. Precisan rápidamente sus vaguedades y plantearon claramente las posibilidades de México con ese objeto.

Cuando volví a mi país, de los Estados Unidos, llegaron siguiéndome literalmente, Max Schachtman con un grupo de tres jóvenes, sus guardias personales. Se precisó aún más la cuestión de la posibilidad de asilo para Trotsky y la comisión de trotskistas estudió las circunstancias en México. No lo encontraban de lo más adecuado y veían muchos peligros.

Me pusieron en contacto con los trotskistas de aquí, que eran pocos pero se encontraban divididos y subdivididos. Conoci primero a un grupo heterogéneo que se reunía en una acaesoria de la calle de Alzate, al costado del



Diego Rivera / Foto de Lela Alvarez Bravo

La Jornada Semanal

Director general CARLOS PAYAN VELVER Director HECTOR AGUILAR CAMIN

Redacción SERGIO GONZALEZ RODRIGUEZ Y FERNANDO SOLANA OLIVARES

Diseño gráfico EFRAIN HERRERA

Oficinas: Balderas 68, Centro, México 06050 D.F. Teléx: 142304 y 762335. Ljome

No se responde por textos no solicitados

Colegio de las Vizcainas, y era el taller y habitación de un ebanista y escultor llamado Abraham López a quien había conocido yo en la Escuela de Bellas Artes y el Partido Comunista. La reunión se componía de algunos artesanos, todos ellos sellados por la condición de lumpen proletariado, algunos estudiantes e intelectuales y hasta un gendarme en uniforme.

El otro grupo que miraba con desprecio al anterior, estaba compuesto por unos cuantos obreros, semi-intelectualizados y dos profesores normalistas que se apellidaban, el uno Galicia y el otro Fernández. Ambos discutían y peleaban continuamente. Los partidarios de Galicia eran los obreros; la mayor parte de ellos albañiles, y los Fernández, su propia familia y eran cosa de siete hermanos. Entraron tras de mí a actuar en el Sindicato de la Construcción, en donde lograron introducir el desorden rápidamente, sacar un grupo de obreros para hacer un sindicato autónomo y todos los demás consecuentes errores contrarrevolucionarios.

Si el investigador financiero Field se había desconfiado de mí, es preciso confesar que los trotskistas mexicanos no tenían mayores simpatías por mí, ni mayor confianza.

En esta situación fue expulsado de Noruega Trotsky. Y de nuevo vino a México Schachtman con un grupo más numeroso. Me pidió en concreto que invitara a Trotsky a venir a México, como mi huésped, para facilitar los trámites migratorios y gestionara para él el derecho de asilo. Así lo hice, como carecía de otra influencia me dirigí al General Francisco J. Múgica, antiguo amigo mío, en contacto conmigo cuando fue Gobernador de Michoacán y yo Secretario Político del Partido

Comunista.

El General Múgica accedió, no bajo el plan de simpatía de opiniones con Trotsky, sino como un antiguo actor de la revolución de octubre, no encarcelado por entonces, ni enjuiciado en la URSS, sino expulsado del territorio soviético y perseguido por la policía del

mundo entero. Por mi parte, tuve una posición semejante. Admito plenamente cualquier cantidad de error político que se le considere. Naturalmente que entonces no se había verificado aún el juicio y condenación de Trotsky. Si esto se hubiese verificado ya, a pesar de cualquier contacto mío con los trots-

kistas, no hubiera servido de canal para obtener el derecho de asilo.

Esto no quiere decir, de ninguna manera, que yo no previera perfectamente el enjuiciamiento y condenación de Trotsky, pero sabía perfectamente, como al final del juicio que lo condenó, lo afirmó el Fiscal Vichinsky, que el



26 de octubre del año 1937 en la Casa Amil de Coyoacán: mesa decorada con flores con base en un diseño de Diego Rivera para celebrar el cumpleaños número 58 de León Trotsky

A fines del año de 1936, muchas personas se encontraban trabajando apresuradamente para lograr el arreglo de un delicado asunto. Políticamente ellos no necesariamente procedían de organizaciones trotskistas, pero en cambio sí coincidían en mantener una clara postura crítica frente al estalinismo y a la dirección sectaria que adoptaran años atrás los partidos comunistas por indicaciones de la Comintern. Aquellas personas debían conseguir un lugar seguro para que un hombre se asilara y continuara así trabajando: León Trotsky, quien a la sazón se encontraba casi prisionero en Noruega.

Liev Davidovich Bronstein, quien había tomado el seudónimo "Trotsky" de su encarcelamiento en Siberia, era la legendaria figura que contando solo con 26 años de edad, había liderado la frustrada revolución rusa de 1905. Trotsky era aquel líder que supo mantener la libertad de su pensamiento al no renegar de sus posturas, como lo hicieron Zinoviev y Kamenev, iniciando así su vida de líder censurado, desterrado y atacado. A pesar de ser una presencia incómoda para las derechas y las izquierdas, representaba en esos años, hoy lo vemos claramente, la posibilidad de mantener vivo el antidogmatismo del marxismo clásico.

Muchas manos y cerebros se movían pues, hacia noviembre de 1936, para conseguir un sitio seguro en que

Diego: Adiós al trotskismo

XAVIER GUZMAN URBIOLA

se asilara un personaje tan connotado: los trotskistas norteamericanos, Bartolomé Costa-Amic y un grupo de catalanes, Anita Brenner en coordinación con el Secretario de la Internacional de la Oposición de Izquierda, y finalmente, en un documento que elaboró Diego Rivera en los años cincuenta a petición de la Comisión de Control del Partido Comunista Mexicano, documento que damos a conocer aquí, Rivera habla de otras gestiones que estudiaba y llevaba a cabo, ya desde 1932, el grupo de trotskistas norteamericanos que encabezaba Max Schachtman. Todas estas peticiones y los involucrados en ellas se dirigían al gobierno mexicano y al general Cárdenas —entonces Presidente de la República— por conducto o teniendo contacto con Rivera. Se acercaban a nuestro país no por casualidad, pues México vivía entonces una gran apertura política impuesta desde la cúpula. En estas últimas demandas que Rivera explica en el documento que presentamos ahora, nos detendremos más adelante; por ahora dejemos claramente asentado, que Diego Rivera sin descuidar ni los en-

cargos murales que recibió entre 1932 y 1936 ni la enorme gama de sus actividades, se halló en todo momento en el centro de cualquiera de estas solicitudes, que en esos años aceptaba gustoso y lo enorgullecían enormemente, pues él se consideraba por aquel tiempo, y lo era en realidad, una destacada presencia y un importante simpatizante —pues sólo hacia 1935 Rivera se afilió como militante al trotskismo— dentro de la Oposición de Izquierda.

Sin embargo, percibamos la siguiente contradicción: Las peticiones de asilo para Trotsky; el haberlas llevado a buen fin; la presencia enriquecedora en nuestro país del líder soviético; los acontecimientos resultantes de su estancia en México; la amistad que trabaron León Trotsky y Diego Rivera, con todo y sus consecuencias: los viajes que emprendieron, las visitas que recibieron, las empresas en que se involucraron y hasta su distanciamiento y el trágico final al cual se vio Trotsky arrastrado —pues el punto culminante de su drama no lo marca su asesinato, sino la vida de encierro medieval que se vio

obligado a llevar después del primer intento fallido por liquidarlo—; todo ello, debido a lo cual el nombre de Diego Rivera es hoy aún más reconocido, forma un capítulo indudablemente edificante y triste de la historia de México y de la historia del marxismo. No obstante, es por lo menos irónico, que el mismo Diego Rivera, a partir de los años cuarenta, se encargó de negar y deformar todos estos hechos. Al romper Rivera con el trotskismo, después de un lapso en que su actitud política estuvo marcada por el aventurerismo o el extravío, inicia su largo peregrinaje de regreso al seno del PCM, el cual le exigía al pintor se autoretractara de sus anteriores posturas. El lo hizo infinidad de veces de modos hasta grotescos, al punto de tener la sensación en ciertas ocasiones de que Diego Rivera perdía la conciencia crítica de sus actos. El 25 de septiembre de 1954, sus autoinmolaciones tienen por fin una respuesta del Partido Comunista. Ese día el Xllavo. Congreso Nacional Ordinario de dicho partido ratifica la decisión de aceptar nuevamente en sus filas a Rivera.

Recientemente hemos encontrado en el fondo documental que Teresa Proenza entregó al INBA para la formación del archivo Diego Rivera, un documento muy curioso e interesante, el cual ya hemos mencionado antes. Este viene a arro-

condenado por la justicia y la fuerza proletaria no escapa a esa justicia en donde quiera que se encuentre.

Paso a relatar ciertos hechos precisos observados y registrados por mí durante mi contacto con Trotsky, en primer lugar para obedecer la indicación y la pregunta de la Comisión de Control del Partido Comunista Mexicano, a la que reconozco plena autoridad. Y también para que en este documento queden registrados en la historia del Partido, por la utilidad que puedan tener dentro de ella.

Cambié el saludo por primera vez en mi vida con Trotsky en el paradero de Cuautitlán, al llegar él de Tampico a la ciudad de México; su saludo fue: "¿Qué pasó con la barba?"

Yo usaba barba en mis años de París, notablemente en los de 1917, 18, 19, 20 y 21; supongo que Trotsky encontró interesante hacerme notar, por medio de su broma, que yo no era un desconocido para él.

Cuando estuve en Moscú en 1927 y 28, se repetía una frase humorística de Lenin, que a las discusiones internas en las altas esferas del Partido de entonces, les llamaba "la guerra entre las barbas y los bigotes".

Más tarde, pocos días, me obsequió Trotsky un ejemplar de su *Historia de la Revolución* y otro de un libro que escribió contra las costumbres, conducta y gusto por las bromas pesadas, muchas veces tanto que degeneraban en riñas, de algunos miembros del Ejército Rojo.

Acompañó el regalo de los dos libros con una carta que me entregó en mi propia mano. Decía en ella: "No sabía yo que Rivera el revolucionario, a



Los años felices.
De izquierda a derecha:
Diego Rivera, Frida Kahlo,
Natalia Sedova, Riba Hansen,
André Besson y León Trotsky



quien conocí como tal, era la misma persona que Rivera el pintor mexicano". Agregaba algunos cumplidos a mi pintura y hospitalidad.

El estado de cordialidad duró poco, tanto con Trotsky como con los trotskistas. Desde, prácticamente mi primera conversación con Llev Davidovich, se perfilaban nuestras diferencias de opinión que a él le parecían, y desde luego a mí también, infranqueables.

Repercutió el estado de cosas entre los afiliados y uno de los secretarios y guardias personales de Trotsky, hoy reintegrado al Partido, me advirtió que

entre los afiliados y algunos de sus compañeros de guardia había un gran deseo de expulsarme de su IV Internacional.

En una sesión, que por cierto se verificó en un entresuelo de una calle de un costado de la Lagunilla, hicieron un ataque de conjunto los de Galicia y los de Fernández contra mí; proclamaron que nada tenía que ver mi posición política con el trotskismo ortodoxo y que si yo había proporcionado a la organización ciertas cantidades de dinero, a veces de cierta consideración, era con el objeto de corromperla y procurar su

división.

Trotsky me exigió colaboración para el periódico *La IV Internacional*, sobre temas y puntos precisos. Cada artículo originó una discusión violenta; para la publicación de ellos muchas veces corrigió él mismo mis originales.

Un día me preguntó bruscamente qué pensaba yo respecto al embajador soviético en Washington, Troyanovsky; le respondí no conocerlo personalmente, pero opinaba que probablemente pronto sería llamado a Moscú y desaparecería de la circulación política, por lo menos.

jar algo de luz sobre el tránsito por el trotskismo que Rivera lleva a cabo entre 1929 y 1939. Dicho documento por su fantástico contenido debe leerse con humor y buscar su riqueza no en lo que dice, sino en lo que niega o en lo que deforma. Se trata de un borrador incompleto escrito a máquina en el cual Rivera responde a la pregunta de cómo fue que se ligó al trotskismo. El hecho de suponer que es un borrador se basa en que Rivera expresa en cada párrafo una sola idea que si bien se esboza claramente, tiene siempre cierta torquedad. Dicho documento, ya se ha mencionado, Rivera lo redactó a petición de la Comisión de Control del PCM, que entonces la integraban personas como Xavier Guerrero, Juan Pablo Sainz y Rafael Méndez Aguirre. No tiene fecha, pero es muy probable que sea contemporáneo de la solicitud para reingreso que Rivera dirigió al Partido Comunista el día 16 de noviembre de 1952, y del documento que también elaboró para la Comisión de Control fechado el 17 de mayo de 1954 —ambos publicados por Raquel Tibol en el libro *Arte y Política*—, pues éste que presentamos, además de tener el mismo formato del segundo documento publicado por Raquel Tibol, en el texto que entregamos al lector no sólo se alude a los escritos fechados en 1952 y 1954, sino que por su contenido tiene que considerarse como complementario: en la solicitud

de 1952, Rivera explica las razones de carácter "subjetivo" que lo llevaron a ligarse al trotskismo, al no saber mantenerse fiel al PCM estando expulsado de él. En el documento de 1954 afirma claramente haber roto con el trotskismo, habla de la convicción comunista de sus ayudantes, de las razones por las cuales había expresado duros calificativos acerca de Ilya Ehrenburg, de su relación con la masonería, de cierta persona que había aparecido en su taller —Raquel Tibol— que suponía la Comisión de Control del PCM se había infiltrado, etcétera. Finalmente, en el documento que nos ocupa ahora, habla en cambio expresamente de los hechos "concretos" y anecdóticos mediante los cuales trabó contacto con los trotskistas, explica cómo conoció a León Trotsky, y se expone por último en las razones de su rompimiento, narración fantasmagórica que desgraciadamente se corta para dar fin al borrador.

Del documento que presentamos, de entrada hay que decir, que es muy sintomático el hecho de que Rivera califique de "objetivos y concretos" los hechos que expone, y ello, hay que aclararlo dado que más adelante asegura que los registra dada la utilidad que puedan tener para la historia del Partido Comunista. Puesto que hoy vemos claramente cómo distorsionó los acontecimientos por los cuales pasó revista, ello sólo puede indicarnos

su deseo de beneficiarse haciéndose grato al PCM de la versión que presentó en los años cincuenta.

Otro rasgo alterado que hay que aclarar, es el hecho de que Diego Rivera se presente como un sagaz político, que busca informarse respecto —dice— de las "intenciones ocultas" que este tipo de organizaciones "ofrecen a sus reclutas tras las apariencias". Hay que decir respecto a esto, que es sabido por todos, que Rivera siempre se entregó en cuerpo, alma y económicamente, a apoyar las facciones políticas a las cuales se acercó. Así, puesto que ya desde el último año de la década de los veinte, hemos dejado claro —al publicar por primera vez en un número anterior de este suplemento, las propias declaraciones que Diego Rivera hizo sobre su expulsión del PCM en 1929, en las cuales se liga a la Oposición de Izquierda—, Rivera se afilió como simpatizante al trotskismo, no resulta convincente esta versión que lo presenta como cauteloso infiltrado-simpatizante.

Consecuencia de este supuesto precavido acercamiento, es la inconsistencia siguiente: habiendo llegado Trotsky a la ciudad de México, Rivera no obstante continuar —según él— en dicha postura, le ofrece al mismo líder de la IV Internacional, la casa que habitaba el padre de Frida Kahlo —la esposa de Rivera— para que viva ahí Trotsky y Natalia Sedova, su esposa. Esta no es obviamente la res-

puesta y la actitud de una persona que se conduce con reservas. No sólo ello, sino que al ver las bellas y poco conocidas fotografías que muestran la mesa que decoró con flores Rivera para celebrar el cumpleaños número 58 de León Trotsky, puede uno ya estar plenamente seguro de la falsedad de las declaraciones de Diego Rivera hacia los años cincuenta.

En un número anterior de este suplemento, igualmente publicamos la que es la primera carta que Trotsky le dirigió a Rivera. Ella está fechada en el año de 1933, y en el documento que ahora comentamos se refiere justamente a esta carta, pero de un modo tan deformado que no pudo ser ello resultado de una equivocación. Baste decir primeramente, que retrasa casi cuatro años su recibo, cosa que no indica otro hecho sino el querer demorar lo más posible su contacto personal con Trotsky. Segundo, hay que decir que dicha carta no pudo haberla recibido Diego Rivera en el año de 1937, ni de la propia mano de Trotsky, como escribió Diego en el documento que publicamos, pues su contenido no tendría sentido en el contexto en que Rivera lo sitúa.

Isaac Deutscher, en el último tomo de su trilogía deja claro cómo es que Trotsky encontrándose amagado por las autoridades noruegas con la amenaza de ser enviado a la URSS, de no

Mi respuesta irritó visiblemente a Trotsky, que dijo: "Su respuesta es estúpida. Trotsky jamás ha sido un revolucionario, era un simple empleado diplomático del tiempo del Zar, respaldado por Stalin, a quien debe absolutamente toda su carrera, en consecuencia es idiota suponer que este último tenga algo en contra de quien es un empleado fiel suyo y su criatura política; su punto de vista y su previsión son completamente fuera de lugar, usted es un pintor de gran talento, pero en política, un personaje completamente infantil".

Sin embargo, empezó inmediatamente a preparar una reunión de prensa para los corresponsales de la prensa extranjera de México. Llegó tan lejos su cuidado en la organización de la liturgia escénográfica de esa reunión, que hizo poner un tablado en uno de los extremos de la sala, con una valla de madera y una mesa lo más importante posible para él y sus secretarios, sillería ordenada para los asistentes; dio órdenes expresas a sus guardias, nadie debería estar armado en el interior del salón; la policía oficial que le daba destacamento de resguardo debería, antes de que entraran al salón, registrar a todos y cada uno de los asistentes, inclusive él mismo, que se presentaría antes que nadie al registro, y sus ayudantes. No estarían armados en el interior del salón más que dos policías de centinela a los lados del presidium, con fusil y bayoneta calada y el teniente Casas, jefe del destacamento, con revólver listo para su uso. De los civiles, uno solo estaría armado y sobre él recaería la responsabilidad de su propia vida (de Trotsky). Y ese único hombre armado, responsable, sería yo.

Pronunció en la reunión un discurso

cuidadosamente preparado en inglés excelente, con un gran éxito entre los corresponsales de la prensa mundial y de México. Le hicieron una ovación al terminar. El discurso era una defensa de su caso, como si se hubiera pronunciado ante un tribunal. Naturalmente, todo era de su propio punto de vista y daba por probadas sus afirmaciones.

Al descender del estrado, tomó aire formal y cordial hacia los periodistas y les dijo: "Ahora quiero presentarme y estar entre ustedes como un colega, antes de la Revolución de Octubre gané mi vida siempre como periodista y me siento orgulloso de mi oficio. En mis tiempos, había una tradición que no sé si prevalecerá hasta hoy. Por un sola vez en su vida un periodista tenía derecho de pasar a sus colegas una noticia de interés estrictamente personal para él, y por una sola vez todos sus colegas la daban, ¿es que esta tradición se mantiene aún?". Todos se precipitaron

alrededor de él, carnet en mano. —Díctele usted, maestro, dijeron muchas voces.

Trotsky dictó: "Mi amigo Diego Rivera, que es un gran pintor, maduro en su arte, es en política, por el contrario, enteramente infantil; así me ha asegurado que el Embajador de Stalin en Washington pronto será llamado a Moscú y desaparecerá del mundo político, cuando menos; como el señor Trotsky no me ha hecho ningún daño, quiero dar esta noticia para protegerlo, en caso —caso inverosímil— de que Stalin quisiera tener la humorada de hacer valederas las locas predicciones de mi amigo Rivera".

Los corresponsales se mostraron intrigados y perplejos, algunos rieron cortésmente, todo me miraron muy raro.

Exactamente tres semanas después de esta conferencia de prensa, el Embajador Trotsky fue llamado a Mo-

cú, no regresó a Washington y según noticias, desapareció de la circulación.

Para entonces, yo me encontraba bastante enfermo de los ojos, permanecía en mi casa de San Ángel Inn en un cuarto oscuro. Ahí llegó Trotsky una mañana acompañado de su mujer; primero, pidió a mi compañera Frida la devolución de una serie de cartas de amor que le había escrito y en seguida, entrando al cuarto donde me encontraba yo, me dijo: "Diego, vengo a felicitarlo a usted por una gran victoria que ha obtenido sobre mí, Trotsky ha sido llamado y ha desaparecido, aparentemente; existe en nuestro mundo bolchevique una tradición que usted, que nos ha acompañado desde los primeros días, creo que mantendrá: cuando un camarada obtiene una victoria notable sobre otro, se acostumbra comunicar francamente y en detalle cuáles son los medios que ha empleado para obtenerlo, ¿quiere usted hacerlo?". Respondí: —naturalmente, Liev Davidovich.

El único inconveniente es que usted exige siempre pruebas documentales, y en este caso no puedo presentarlas absolutamente ninguna de ese género; "esta vez, respondió, nada me interesa lo objetivo; es hacia lo subjetivo que enfoco todo mi interés". En ese caso, respondí, es perfectamente simple y claro mi método: En este momento de crisis, el Import-Export de los Estados Unidos está prácticamente detenido en lo concerniente a la exportación en gran escala. El único cliente importante que tienen en este momento es la Unión Soviética. Ciertamente los 3 mil millones anuales que ella representa son bien poca cosa para la economía global americana, pero como no hay ningún otro cliente...



Paseos y proyectos que no cristalizaron. De izquierda a derecha, parados: Diego Rivera, Natalia Sedova, Riba Hansen, André Breton, Frida Kahlo y Jean Van Heijenoort. Sentado, León Trotsky.

conseguir asilo en algún país, finalmente el día 18 de diciembre recibe notificación de que el gobierno mexicano le abría sus brazos. De este modo las autoridades noruegas le dan a Trotsky, a partir de ese momento, 24 horas para abandonar aquel país. Así lo hace, y no como dice Rivera. Trotsky salió de Noruega, aunque con algunos temores, sabiendo que era un asilado político del gobierno mexicano. Por tanto también hay que decir, que las gestiones para el asilo de Trotsky, que Rivera desprende de la anterior distorsión no son ciertas, en cambio sí lo son, aquellas que explica realizaban desde 1932 los trotskistas norteamericanos tomándolo en cuenta. Por lo demás, el pintor es de una cándida ingenuidad militante, cuando justifica su apoyo a las peticiones de asilo diciendo que lo hizo, no obstante no ser miembro entonces del PCM, sólo porque hacía esos años aún no se había realizado el juicio y condenación de Trotsky —se refiere al proceso de Moscú del año 1937, en el que Vishinsky elaboró su discurso contra el "llamado Centro Paralelo"—, pues "si esto se hubiese verificado ya —dice Diego—, no hubiera servido de canal para obtener el derecho de asilo" a favor de Trotsky...

Rivera dice que sus colaboraciones enviadas a *Clarín*, el "periódico de la IV Internacional" al que se refiere en el texto, originaron discusiones

violentas, que por lo demás no deja claro con quien tuvieron lugar. Pero además, agrega que Trotsky corrigió sus originales. Esto no es verosímil tampoco, pues Trotsky cuando escribió sobre Rivera lo hizo en los términos más elogiosos dejando clara la opinión que le merecía Rivera. Respecto a la supuesta censura que alude Rivera, una versión más apegada a lo sucedido realmente puede leerse en el libro de Jean Van Heijenoort titulado

Con Trotsky, de Prinkipo a Coyoacán: un artículo de Rivera, por decisión de última hora en la imprenta, se presentó como carta a la redacción de *Clarín* y Rivera atribuía la responsabilidad de ese hecho a Trotsky. Como se ve pues, se trata de un ejemplo de los excesos de susceptibilidad de que era capaz Diego Rivera, quien en los años cincuenta se encontraba tratando de justificar por todos los medios su alejamiento de Trotsky que tuvo

lugar durante los años 1938-1939.

Hay que notar la ironía a veces molesta que utiliza Rivera en este texto: su noción tan clara de la publicidad al explicarnos su decisión personal de no sustituir la cara de Lenin por la de algún héroe norteamericano en el mural del Centro Rockefeller, y el hecho de que no cite entre sus ayudantes para este mural ni a Lucienne Block, ni a Stephen Dimitrov, ¿tal vez por ser trotskistas? No lo sé.

Al final del texto Rivera se explaya en un gran ejemplo de su mitomanía, al explicar su rompimiento con Trotsky en base a cierta consulta que éste le hiciera respecto a Trotsky, embajador soviético en Estados Unidos hacia 1938. Aparte de deleitar al lector con esta magnífica invención, hay que notar primero que, es la única ocasión en que por escrito Diego Rivera no sólo acepta haber estado al tanto del *affaire* León Trotsky-Frida Kahlo, sino que deja claro que conocía también la existencia de la correspondencia amorosa cruzada entre ambos. Y segundo, hay un punto en que el documento entrelaza el humor con lo macabro: las "locas humoradas" —cito las palabras de Rivera— que referirían los métodos utilizados en las purgas por Stalin, si se cumplirían, no en la persona de Trotsky, sino en la de León Trotsky, quien moriría asesinado por Ramón Mercader, agente de la GPU, en el año de 1940. <